

# Las drogas en el imaginario de Julián del Casal

Marta HERRERO GIL  
Universidad Complutense de Madrid

## RESUMEN

El objetivo de este artículo es analizar e interpretar el uso literario que el modernista cubano Julián del Casal hizo de las drogas, para relacionarlas con su imaginario.

**Palabras clave:** Imaginario, drogas, Julián del Casal

## Drugs in the Imaginary of Julián del Casal

## ABSTRACT

This article tries to analyse and to interpret the use of drugs in the literature of the Cuban modernist Julián del Casal, in order to connect them with the imaginary of the writer.

**Key words:** Imaginary, drugs, Julián del Casal

**SUMARIO:** 1. Introducción. 2. Las drogas en el imaginario de Julián del Casal. 3. Conclusiones.

## 1. Introducción

En el siglo XIX, vinculada al contacto colonial entre Occidente y Oriente, a los avances farmacológicos y químicos y a la nueva posición que ocupan los escritores en la modernidad (la imaginación creadora se impone a la imaginación reproductora, (Milner, 2000), surge la literatura drogada, subgénero acuñado por el investigador italiano Alberto Castoldi (1994).

Las primeras sustancias empleadas por los escritores son el opio (jugo desecado de la adormidera), el hachís (resina del cannabis) y, a partir de los avances químicos, la morfina (descubierta por el químico alemán Friedrich Sertürner a principios del siglo XIX a partir del opio) y la cocaína (aislada de la hoja de coca por el también alemán Albert Niemann en 1860).

Los dos textos fundacionales de la literatura drogada son: *Confesiones de un comedor de opio inglés* (1821), de Thomas de Quincey, y *Los Paraísos Artificiales* (1860), de Charles Baudelaire, ambos de carácter confesional.

Los modernistas hispanoamericanos, admiradores casi todos ellos de la cultura francesa, explorarán en algunos de sus poemas, novelas y relatos el universo de las drogas. Uno de los que lo hicieron fue el escritor cubano Julián del Casal (1863-

1893). En las páginas que siguen intentaré situar e interpretar sus referencias a las drogas para relacionar el tema con su imaginario.

## 2. Las drogas en el imaginario de Julián del Casal

Desde la infancia<sup>1</sup>, la vida de Julián del Casal está atravesada por la angustia, la tristeza y el hastío. La mayor parte de sus biógrafos señalan su momento más feliz en 1885:

Es ésta la época mejor de Julián del Casal, cuando al regresar de Europa Aniceto Valdivia (Conde Kostia), el ejemplo de los poetas franceses, parnasianos y decadentes, le dio a su angustia camino de evasión en una vida falsa a la oriental, rodeado de lacas y de biombos japoneses, en su estrecho cuartito tras el modesto salón de redacción de *La Habana Elegante* (Portuondo, 1963: 53).

Julián del Casal se encuentra a sí mismo en la lectura de algunos de los escritores franceses, y escapa de la realidad cubana, que no soporta, sumergiéndose en literaturas extranjeras.

Esperanza Figueroa, en su edición de Casal *Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico* (1993), señala que el escritor cubano vive un año entero de silencio poético (entre octubre de 1886 y octubre de 1887), dedicado a estudiar y traducir las obras de algunos de los autores franceses del XIX, particularmente de Baudelaire. Muchos de los textos que traduce de éste (casi todos poemas en prosa) hacen referencia a las distintas sustancias que el poeta maldito probó a lo largo de su vida.

Tomando como referencia el poema de Baudelaire “Le Poison”, Casal escribe “La canción de la Morfina” en 1890. Se trata de una composición hecha a base de redondillas, en la que la morfina habla en primera persona a los lectores y les señala sus cualidades: “Amantes de la quimera/ yo calmaré vuestro mal:/ soy la dicha artificial,/ que es la dicha verdadera” (Casal, 1993: 147). En ella podemos ver un uso bastante superficial de la sinestesia, cuya invención, según Alethea Hayter (1968), se debió a un intento de traducir en palabras la experiencia con el hachís. Casal escribe así: “Percibe el cuerpo dormido/ por mi mágico sopor,/ sonidos en el color,/ colores en el sonido” (Casal, 1993: 147). Compara la sustancia con la diosa Isis rasgando su velo, con una sirena encantadora o con bálsamo que cicatriza. Dice que la morfina da al cuerpo sensaciones y alas al espíritu, que tiene el poder alquímico de convertir cada gota en un océano y atraer visiones de cascadas de oro o de mundos orientales. Quien la ha probado, asegura la morfina de sí misma, no podrá abandonarla, porque su embriaguez no tiene parangón. Ella vence a la realidad, hace que el pobre olvide su miseria y que el monarca no recuerde su opulencia. Es el único bien para el hastío y permite, así finaliza el poema, una muerte dulce: “Y

<sup>1</sup> Casal pierde a su madre con sólo cinco años y a su padre con veintidós.

ofrezco al mortal deseo/ del ser que hirió ruda suerte,/ con la calma de la Muerte,/ la dulzura del Leteo” (Casal, 1993: 148-149).

La composición tiene un tono ciertamente superficial. Esperanza Figueroa ha señalado que “la frivolidad del metro y el cascabeleo de la rima hacen sospechar una ironía compasiva” (Casal, 1993: 149). Cabe hacerse la pregunta de si el poema es fruto de lo experimentado en carne propia o de lo leído.

Respecto a esta cuestión, Enrique José Varona, en su texto sobre “Hojas al viento” (1963), señala la importancia en Casal de las reminiscencias de lo leído, y continúa:

Hay otra forma más sutil en que se manifiesta esa misma influencia: la elección de ciertos motivos poéticos, como se ve en “La canción de la Morfina”, la transformación que sufren hasta las personas, las cuales toman caracteres de costumbres bastante ajenas a las nuestras [...] y hasta la manera general del poeta, en que son visibles los modelos literarios de su preferencia (Varona, 1963: 28).

Rubén Darío equipara en su ensayo sobre “Julián del Casal” (1963), la droga con la lectura: “el veneno, la morfina espiritual de ciertos libros que le hicieron llegar a sentir el deseo del anonadamiento, la partida al país del misterio, o a cualquiera parte que no fuese este pequeño mundo” (Darío, 1963: 32).

Si seguimos a estos autores, podríamos llegar a pensar en el origen de “La canción de la morfina” como un reflejo de lo leído por Casal y no de lo experimentado. El tema de la droga sería en este caso un trasunto de su adicción a la lectura.

En su ensayo sobre Casal, Portuondo (1963) sí nos habla del contacto de Casal con las drogas. Refiriéndose a los últimos momentos de su vida, cuando, según le dice Casal a Darío en una carta, ha recibido ya dos veces los Santos Sacramentos, Portuondo recrea el momento de la confesión de Casal:

Lo ha dicho todo al sacerdote, con la angustia del que teme morir sin acabar la confesión. Hasta las pocas veces en que por imitar a los decadentes de París probó la morfina, para cantarla luego en forma tal que todos ven que apenas la conoce. Y sus versos satánicos y sus blasfemias (Portuondo, 1963: 68).

Aunque Portuondo nos deja ver que Casal ha experimentado alguna vez con la morfina, señala que su contacto con la sustancia ha sido muy escaso y reconoce como su motivación fundamental el deseo de imitar a los poetas franceses.

No he encontrado ningún otro testimonio que hablara directamente de la experiencia de Julián del Casal con las drogas. Si ni sus referencias literarias ni los testimonios sobre su vida nos permiten clarificar la vinculación de Casal con las drogas, el tema ha de ser incluido dentro de lo que la crítica casaliana ha llamado “el secreto” de Casal, su utilización de la literatura a la vez para revelarse y para velarse, su esconderse continuamente detrás de poses que ocultaran los rasgos inconfesables de su personalidad. Este secreto ha permitido a la crítica más moderna una relectura gay del escritor cubano (Montero, 1993; Morán, 2008): “*de mi vida misteriosa,/ tétrica y desencantada,/ oírás contar una cosa/ que te deje el alma helada*”, dice Casal (1993: 298) en “Rondeles”.

¿Cómo estudiar entonces el tema de las drogas en el poeta? Creo que lo más apropiado es indagar en el espacio que une lo literario con lo biográfico: el imaginario, que permite una interpretación simbólica tanto de lo poético como de la historia personal y que pone en relación, además, el tema que aquí nos ocupa con todo el entramado de sentidos que constituye la vida y la obra de Casal. Aunque del imaginario se han dado distintas definiciones desde la segunda mitad del siglo XX, podemos valer nos de la que aporta el antropólogo francés Gilbert Durand en *Lo imaginario* (2000):

Lo imaginario representa [...] el conjunto de imágenes mentales y visuales, organizadas entre ellas por la narración mítica (el sermo mythicus), por la cual un individuo, una sociedad, de hecho la humanidad entera, organiza y expresa simbólicamente sus valores existenciales y su interpretación del mundo frente a los desafíos impuestos por el tiempo y la muerte (Durand, 2000: 10).

Para responder a la cuestión de qué representan las drogas en el imaginario de Casal, hemos de recurrir a las menciones que éste hace de distintas sustancias a lo largo de su obra.

He señalado más arriba que Casal entra en contacto con la droga a partir de su encuentro con los escritores franceses del XIX, especialmente de Baudelaire. Al traducir algunos de los poemas en prosa de éste, Casal se apropia algunos de los temas del escritor francés. En su traducción de “La Torta” (Casal, 1993: 86-87), realizada en 1887, se menciona “un frasco de cierto elixir que los farmacéuticos vendían en aquel tiempo a los viajeros para mezclarlos, en la ocasión, con agua fría” (Casal, 1993: 86); en “La cámara doble” (Casal, 1993: 161-163), presentada por el autor como “Imitación de Baudelaire” en 1890, se habla de la visión en dos momentos diferentes del interior de una habitación y el láudano aparece como único alivio a la insoportable segunda visión: “en este mundo estrecho, pero tan lleno de asco, un solo objeto conocido me sonrío: la redoma de láudano, una vieja y terrible amiga y, como todas las amigas, ¡ay! fecunda en caricias y traiciones” (Casal, 1993: 162). En “La invitación al viaje” (Casal, 1993: 164-166), de nuevo “imitación de Baudelaire” (1890), se equipara el opio natural con el ensueño:

¡Ah! ¡sueños! y cuanto más ambiciosa y delicada es el alma, tanto más lejos de lo posible la apartan los ensueños. Cada hombre lleva en sí su dosis de opio natural, incesantemente segregada y renovada, y desde el nacimiento a la muerte ¿cuántas horas contamos de goce positivo, de acción cumplida y saboreada (Casal, 1993: 165).

En cuanto a los poemas propios, además de “La canción de la Morfina” que hemos visto más arriba, hallamos referencias a las drogas en otras composiciones. En la poesía “Blanco y negro”, hecha a base de enumeraciones, encontramos referencias al éter y a las “gomas árabes”, situando una vez más la droga como una puerta al ensueño: “[...] arreboles/ de los finos celajes errabundos/ por las ondas del éter; tornasoles/ que ostentan en sus alas las palomas/ al volar hacia el sol; verdes palmeras/ de los desiertos africanos; gomaz/ árabes en que duermen las quimeras” (Casal, 1993: 187).

En “Nostalgias”, una composición en la que Casal va desgranando poco a poco los motivos recurrentes de sus ensueños (“ver otro cielo, otro monte,/ otra playa, otro horizonte/ otro mar,/ otros pueblos, otras gentes/ de maneras diferentes de pensar” (Casal, 1993: 203)), nos dice, viajando imaginariamente a Oriente: “cambiando de rumbo luego,/ dejara el país del fuego/ para ir/ hasta el imperio florido/ en que el opio da el olvido/ de vivir” (Casal, 1993: 204). Nos encontramos, una vez más, con el recurso a las drogas como un intento de evadir el dolor continuo al que le somete la vida.

Aparecen nuevas referencias en el poema “Flores de éter” que Casal dedica al rey tan admirado por los modernistas Luis II de Baviera, con quien se identifica participando poéticamente de sus ensueños.

En “Horridum somnium”, el poeta cubano se refiere al “áureo enjambre de sacros sueños” (Casal, 1993: 248) que se posa en su alma en algunas noches de insomnio. Narra sus alucinaciones de manera similar a los sueños relatados por De Quincey en sus *Confesiones de un comedor de opio inglés*, y se refiere a cierto licor purulento: “de mi cráneo, que un globo formaba/ erizado de rojos cabellos,/ descendían al rostro deforme/ saboreando el licor purulento/ largas sierpes de piel solferina/ que llegaban al borde del pecho”(Casal, 1993: 249-250). El deshacerse o fluir de los miembros, el gotear de los huesos que Casal describe a lo largo del poema, y el prolongarse de las partes del cuerpo en otros seres (en este caso sierpes), son elementos recurrentes en las experiencias drogadas narradas por otros autores, como se puede ver en De Quincey y en Baudelaire. En este caso Casal no menciona directamente ninguna droga, por lo que nos deja abierta la puerta a las sugerencias de la posibilidad.

En el poema “Laus Noctis”, escrito en 1893, el poeta nos presenta de nuevo visiones nocturnas, en este caso representando momentos de felicidad. Menciona desde su mundo interior al éter, la región del espacio azul, término polisémico y ambivalente que nos recuerda a experiencias drogadas: “Descienden las nubes en taciturnas rondas/ ungidas con el éter de la región azul,/ como legión de vírgenes de místicas rotondas/ envueltas en sus velos de tenebroso tul” (Casal, 1993: 335).

En general, salvo en “La canción de la Morfina”, las referencias de Casal a las drogas en su poesía son escasas y relacionadas fundamentalmente con su pasión por todo lo que viene de Francia. El opio puede evocarle el Oriente y así la droga se incluye en su mapa mental del ensueño, como una vía más de escape a su condición concreta insoportable. Si los autores franceses amaban el opio que llenaba sus imaginaciones de ensueños orientales, Casal ama el opio que aman los franceses que a su vez sueñan con Oriente.

¿Y qué nos dice su prosa?

En varios de los artículos que Casal fue publicando a lo largo de su vida en algunos de los principales periódicos de La Habana, éste hace referencia a distintas sustancias. Así, en un artículo dedicado a “Guy de Maupassant”, publicado en *La Habana Elegante* el 13 de abril de 1890, el autor cubano dice que, al leer al escritor francés, “cada párrafo me produce el efecto de una bocanada de éter. Hay veces que la sensación es tan fuerte, que percibo, en el interior de mi organismo, el estallido que produce la rotura de un nervio al llegar a su máximum de tensión” (Casal, 1963, to-

mo I: 208). Tal y como decía Rubén Darío en su artículo sobre Casal, el escritor cubano compara el efecto que produce la droga con el de la lectura, relacionado siempre con la evasión y con sensaciones extremas.

También utiliza una droga para comparar los efectos que ésta y otras sensaciones producen. Se trata del texto “El primer pesar”, publicado en *La Habana Elegante* el 10 de agosto de 1890, donde se refiere a Armando Morel: “después de haber visto una verdadera hermosura, se quedaba aletargado, como el que toma una fuerte dosis de morfina, sin que la carne participara de tal estado de ánimo que le imposibilitaba para hacer cualquier otra cosa que soñar” (Casal, 1963, tomo I: 211). Tomar una droga puede ser similar a contemplar a una mujer bonita. Lo que hay detrás es, de nuevo, el ensueño.

La experiencia con las drogas incluye también el licor y encontramos como paradigma de sus opiniones en torno a estas experiencias un curioso artículo, “La tristeza del alcohol”, publicado en *La Habana Elegante* el 31 de agosto de 1890. En él, Casal afirma que no hay tristeza mayor que la que provoca el alcohol. Uno de los personajes le cuenta al otro que empezó a tomar alcohol para disipar una tristeza que hacía su vida insostenible, pero que, después, la tristeza que le invadía era aún más honda.

En “La última ilusión”, publicado en *La Habana Elegante* el 29 de enero de 1893, dos amigos (Casal y Arsenio) se encuentran y hablan del llamado “Mal del siglo”, el hastío. El segundo de los interlocutores le confiesa al poeta que no piensa suicidarse porque teme el dolor, pero que se siente invadido por el vacío. Casal le propone viajar lejos, por ejemplo a París, y Arsenio le contesta que aborrece el París sano y burgués, pero que adora

el París raro, exótico, delicado, sensitivo, brillante y artificial; el París que busca sensaciones extrañas en el éter, la morfina y el haschich; el París de las mujeres de labios pintados y de cabelleras teñidas [...]; el París teósofo, mago, satánico y ocultista; el París que visita en los hospitales al poeta Paul Verlaine; el París, que erige estatuas a Baudelaire y a Barbey de Aureville; el París que hizo la noche en el cerebro de Guy de Maupassant [...] (Casal, 1963, tomo I: 229).

En este caso las sustancias se vinculan una vez más con el amor imaginario que Casal siente por París, y el éter, la morfina o el haschich se equiparan a Baudelaire, Maupassant o a todo lo exótico, delicado y artificial. Es tal la persistencia en el ensueño del escritor cubano, que al final del relato, cuando pregunta a su amigo por qué no se marcha a París, éste (y podríamos tomar esas palabras como pronunciadas por el propio Casal) contesta con contundencia:

Porque si me fuera, yo estoy seguro de que mi ensueño se desvanecería, como el aroma de una flor cogida en la mano, hasta quedar despojado de todos sus encantos; mientras que viéndolo de lejos, yo creo todavía que hay algo, en el mundo, que endulce el mal de la vida, algo que constituye mi última ilusión, la que se encuentra siempre, como perla fina en cofre empolvado, dentro de los corazones más tristes, aquella ilusión que nunca se pierde, quizás (Casal, 1963, tomo I: 229).

Relacionada también con los deseos de Casal de evadirse de su angustia vital, surge una referencia a la morfina en “Nanon”, un artículo con rasgos de confesión personal que Casal publicó en *La Discusión* el 10 de marzo de 1890:

Durante las horas interminables del domingo, los nervios se estiran, el cerebro se ennegrece y la sensibilidad se exagera. En ese día se comprende, mejor que en ningún otro, el placer de los morfinómanos. Hay alguna cosa abrumadora, esparcida en la atmósfera de las calles, que nos obliga a permanecer en la soledad de nuestra habitación, alejándonos de los espectáculos populares, donde se siente el contacto viscoso y se aspira el relente nauseabundo de las muchedumbres aglomeradas, empujadas y frotadas (Casal, 1963, tomo II: 73).

Una vez más podemos observar la incapacidad de Casal de asumir la realidad concreta en que se mueve su existencia y sus deseos de escapar del hastío y la tristeza. Comprender a los morfinómanos supone compartir con ellos el deseo de evadirse a través de las sustancias. A la vez, como ocurre en todos estos textos, Casal no menciona en ningún momento su participación directa en experiencias drogadas. Sus alusiones se presentan más bien como comparaciones. Como hizo con otras cuestiones de su vida, Casal crea un campo de sugerencias en las que a la vez vela y revela su propio rostro.

En un texto publicado en *El País* el 21 de diciembre de 1890, Casal refiere distintos avances científicos en la curación de distintas enfermedades y menciona algunas drogas como remedios para combatir el tedio:

Se han hecho, en los últimos años, muchos descubrimientos para combatir las enfermedades corporales. Esta verdad, digna de M. Homais o de Pero Grullo, es de fácil comprobación. Hará cosa de un año, Brown-Sequard inventó un elixir rejuvenecedor, cuyas aplicaciones no sé qué resultado han obtenido, porque el tal descubrimiento no despertó mi curiosidad. Ahora un médico alemán, Roberto Koch, asegura que, por medio de su linfa desaparecen la tisis y algunas inmundicias más. La lista de descubrimientos de esta índole sería interminable. Hasta para curar el hastío, siquiera sea momentáneamente, porque para esa dolencia, como para el cáncer, no hay remedio radical, se vienen empleando, desde la segunda mitad del siglo en los países civilizados, el opio, el haschich, la morfina y otras sustancias análogas.

Como hay muchas personas en esta aldea grande, que padecen el hastío, quiero recomendarles un remedio eficaz que los cure temporalmente de este mal, sin causarles, como los venenos mencionados, lesiones orgánicas [...] La prueba es muy sencilla. No se reduce más que a asistir una noche al circo de Pubillones (Casal, 1964: 56).

Los interrogantes respecto al beneficio de las drogas en la posible curación de estas enfermedades se hacen explícitos en el texto. Casal nos informa de su uso como remedio temporal para el hastío, pero reconoce que pueden provocar lesiones orgánicas graves. Así, niega parte de los encantos de la morfina de los que nos habló con frivolidad en “La canción de la morfina”.

Si atendemos a los textos en prosa en los que Casal se refiere a las drogas, hemos de señalar que éstas forman parte del mapa mental del ensueño del escritor, como

París o el mundo oriental. Los efectos que provocan pueden ser equiparables a los que produce la lectura o la visión de una mujer bella. Aunque pueden calmar momentáneamente el hastío sufrido los domingos por la tarde, Casal no elude sus efectos negativos (dice explícitamente que pueden causar lesiones físicas graves y, refiriéndose al alcohol, que puede provocar la peor de las tristezas). Aunque parece conocer sus efectos, el escritor se mantiene siempre a distancia de las drogas, no nos revela si las ha probado o no. Las menciona indirectamente, guardando siempre un espacio de silencio íntimo, utilizando la literatura a la vez para velar y para revelar sus secretos.

### 3. Conclusiones

No teniendo evidencias claras (salvo la mención que hace Portuondo en el texto visto más arriba) de la experiencia directa de Casal con las drogas, he preferido abordar la entrada de este motivo en el imaginario del escritor, relacionada con su acceso, a partir de la llegada a Cuba del Conde Kostia con un baúl lleno de libros, a la obra de los escritores simbolistas, parnasianos y decadentistas.

El tema de las drogas, y probablemente también la experimentación (aunque escasa) de Casal con ellas, surge a partir de sus traducciones de Baudelaire (“podemos ver el acto de la traducción no como una mera sustitución lingüística sino como una metempsicosis de la intención de la obra literaria”, dice Hugo M. Viera refiriéndose a Casal).

En el imaginario casaliano, nutrido de antagonismos que le hacen rechazar todo lo natural y relacionado con su época y su realidad concreta<sup>2</sup>, las drogas forman parte de ese país del ensueño que traza su imaginación para poder huir. No reconoce, en ningún caso, una cura definitiva en la evasión, así como tampoco en las drogas. Sabe que éstas pueden dañar el organismo y que la cura que prometen es sólo temporal (lo que dura la visión amable). Él tiene asumido en su destino de escritor una condición ineludible de mártir. Hay que escoger, según él, entre la felicidad o el oficio de literato.

Así, la evasión que persigue Casal en sus momentos de mayor tristeza se relaciona con términos que resultan equivalentes: las drogas, París, el mundo oriental, la pasión por la belleza artificial, la literatura francesa, etc.: modos de escapar de la realidad propia, marcada por la angustia y el doloroso sentimiento de vivir separado del mundo; separado del sentido.

---

<sup>2</sup> Dice que la infancia es vulgar, se opone veladamente al matrimonio en algunos de sus textos, prefiere la urbe al campo, lo artificial a lo natural, lo abstracto a lo concreto, lo enfermo a lo sano, la gente desgraciada a la gente feliz.

**BIBLIOGRAFÍA**

- ARMAS, Emilio de.  
1981 *Casal*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- BAUDELAIRE, Charles.  
2008 *Pequeños poemas en prosa. Los Paraísos Artificiales*. Madrid, Cátedra.
- CASAL, Julián del.  
1963 *Prosas*, tomo I. Edición del Centenario. La Habana, Consejo Nacional de Cultura.  
1963 *Prosas*, tomo II. Edición del Centenario. La Habana, Consejo Nacional de Cultura.  
1964 *Prosas*, tomo III. Edición del Centenario. La Habana, Consejo Nacional de Cultura.  
1993 *Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico*. Miami, Ediciones Universal.
- CABRERA, Rosa María.  
1970 *Julián del Casal. Vida y obra poética*. New York, Las Américas Publishing Company.
- CASTOLDI, Alberto.  
1994 *El texto drogado. Dos siglos de droga y literatura*. Madrid, Anaya & Mario Muchnik.
- DARÍO, Rubén.  
1963 “Julián del Casal”, en *Prosas*, tomo I. Edición del Centenario. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, pp. 31-35.
- DURAND, Gilbert.  
2000 *Lo imaginario*. Barcelona, Ediciones del Bronce.
- HAYTER, Alethea.  
1968 *Opium and the Romantic Imagination*. Berkeley, University of California Press.
- HERRERO GIL, Marta.  
2007 *El paraíso de los escritores ebrios. La literatura drogada española e hispanoamericana desde el Modernismo a la posmodernidad*. Madrid, Amargord.
- LEZAMA LIMA, José.  
1988 “Julián del Casal”, en *Correspondencias*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, pp. 181- 205.
- MILLNER, Max.  
2000 *L'imaginaire des drogues de Thomas de Quincey à Henry Michaux*. France, Gallimard.
- MONTERO, Óscar.  
1993 *Erotismo y representación en Julián del Casal*. Ámsterdam-Atlanta, GA-Ediciones Rodopi B. V.

MORÁN LLULL, Francisco.

1996 *Casal à Rebours*. Ciudad de La Habana, Editora Abril.

2008 *Julián del Casal o los pliegues del deseo*. Madrid, Editorial Verbum.

QUINCEY, Thomas de.

2006 *Confesiones de un inglés comedor de opio*. Madrid, Cátedra.

PORTUONDO, José Antonio.

1963 “Angustia y evasión en Julián del Casal”, en *Prosas*, tomo I. Edición del Centenario. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, pp. 42-68.

SCHULMAN, Iván A.

1966 *Génesis del Modernismo. Martí, Nájera, Silva, Casal*. México, El Colegio de México.

SFRAGARO, Adriana.

1989 “Max Nordau, dégénérescence et littérature”, en *Littérature et Pathologie*, Saint Denis, PUV.

VARONA, Enrique José.

1963 “Hojas al viento”, en *Prosas*, tomo I. Edición del Centenario. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, pp. 26-29.

VIERA, Hugo M.

2003 “El viaje modernista: la iniciación narcótica de la literatura hispanoamericana en el fin de siglo”, en *Ciberletras. Revista de crítica literaria y de cultura*, nº 9.

En <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/viera.html>.